

El Club Liberal "Ponciano Arriaga" fué la primera agrupación que se fundó en el país cuando el régimen porfirista se encontraba en todo su apogeo, y contó entre sus miembros a distinguidos y viriles revolucionarios. Fué esa agrupación el verdadero origen de la conmoción revolucionaria que derrocó al gobierno del general Porfirio Díaz. En la actualidad parece que se le tiene en el olvido por ese fenómeno explicable que hace que los viejos sucesos queden relegados en el papel amarillento de las antiguas crónicas, y que se vayan borrando insensiblemente de la memoria de las gentes ante la vorágine de los nuevos acontecimientos y de los nuevos hombres que llaman la atención del día. También acontece que, como dice Nietzsche, "los más grandes sucesos y las más grandes ideas —las más grandes ideas son los más grandes sucesos— se comprenden muy tarde: las generaciones contemporáneas no los viven, aunque viven cerca". Pero la Historia no debe olvidar en sus páginas un suceso de tanta significación como es el de la obra del Club Liberal "Ponciano Arriaga", por haberse incubado en él, juntamente con el impulso vigoroso de un desenvolvimiento espiritual, la revolución como remedio contra un sistema helado de gobierno; y por ello hay que aportar el contingente que sea posible para que sus ideas, sus luchas y sus hechos tornen a revivir en la conciencia nacional.

El Club "Ponciano Arriaga" fué fundado en la ciudad de San Luis Potosí el año de 1899 por el ingeniero Camilo Arriaga. Los elementos que lo constituyeron eran, en su totalidad, personas profundamente convencidas de que se hacía necesario un nuevo orden de ideas en que era preciso educar al pueblo. Entre esas personas se destacaban el mismo ingeniero Arriaga, Juan Sarabia, Antonio Díaz Soto y Gama, Librado Rivera, Rosalío Bustamante, Humberto Macías Valadés, José y Benjamín Millán, Carlos y Julio B. Uranga, y otros a cuya activa e inteligente propaganda de las ideas liberales sustentadas con brillantez, se debió el despertamiento de la conciencia del pueblo para entrar en el ejercicio de su ciudadanía y de sus derechos concedidos por la Constitución de 57.

Como un acto de justicia deben recordarse los nombres de todos aquellos que sin ser de los miembros de primera fila del Club, prestaron, sin embargo, su contingente de esfuerzo, afrontando los mismos peligros y las mismas vicisitudes que los directores intelectuales de la agrupación. Estos ciudadanos, algunos de los cuales viven aún, son los siguientes: Enrique Martínez Vargas, Heliodoro Gómez, Juan Antonio Flores, José y Adalberto Muñoz, Armando Lozano, Alfredo Vázquez, Patricio Monsiváiz, Félix Gómez, Baldomero Camargo, Enrique Espinosa, Víctor Monjaraz y otros muchos cuyos nombres no es posible tener a la mano.

El Club como trabajo preliminar de su principal objetivo, que era la emancipación política y social del país, desarrolló una labor espiritual en el sentido anticlerical. Un suceso inesperado vino a precipitar los acontecimientos. El obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca y Obregón, quien se encontraba en Europa, hizo declaraciones en el sentido de que en virtud de la política de conciliación del gobierno del general Porfirio Díaz, se había creado para el clero de México una situación favorable a sus intereses y en la que realmente las Leyes de Reforma no se aplicaban.

Tales declaraciones provocaron en todo el país, pero principalmente en San Luis Potosí, un gran descontento entre los elementos liberales; y entonces el ingeniero Arriaga excitó a todos los liberales de la República para que se organizaran en clubes y enviaran a San Luis representantes para la celebración de un congreso liberal que debía reunirse el 5 de febrero de 1901, aniversario de la promulgación de la Constitución. Representantes de todo el país acudieron al llamado del Club "Ponciano Arriaga" y la importancia de esa convención no tuvo precedente puesto que no sólo concurrieron delegaciones de hombres, sino que en los siales del congreso se levantaban cabezas femeninas que con todo entusiasmo deliberaban en los asuntos revolucionarios que allí se trataron. Entre las damas que más se distinguieron en sus apóstrofes contra los opresores, figuraron las señoritas Colín, delegadas por Zitácuaro.

Las primeras censuras que se escucharon estaban dirigidas contra el clero; pero después de haberse hecho consideraciones fundamentales, se tuvieron orientaciones más definidas y no sólo se atacaba al clero sino también al régimen de gobierno que era el verdadero responsable de aquella situación. Estas orientaciones se debieron principalmente a Juan Sarabia y Ricardo Flores Magón (quien se encontraba como delegado), los cuales atacaron en sus discursos de una manera formidable a la dictadura.

* * *

No bien se hubo constituido la Confederación de clubes liberales, se comenzaron a llenar los presidios del país con miembros de los mismos. El general Porfirio Díaz, conociendo los trabajos del Club "Ponciano Arriaga" y dándose cuenta de la importancia de esa agrupación en donde germinaba la semilla de la revolución, determinó disolverla por cualquier medio, cosa que llevó a efecto aprovechando que el Club convocó al pueblo a una segunda conferencia que debía efectuarse en la noche del 24 de enero de 1902 y en la que se tratarían asuntos de trascendencia política y social. La sesión se inició pero estando Julio Uranga en la tribuna que era el orador designado por la directiva, penetró al salón el diputado porfirista Heriberto Barrón acompañado de un grupo de soldados disfrazados, e intimó al orador a que interrumpiera su discurso lanzando vivas estentóreos a los generales Porfirio Díaz y Bernardo Reyes, al mismo tiempo que él y sus acompañantes disparaban sus armas. Como es de suponerse, este inesperado ataque produjo la confusión entre los asistentes y si no ocasionó un verdadero zafarrancho fué debido a la serenidad con que Sarabia, Díaz Soto y Gama y el ingeniero Arriaga exhortaron a la calma a los atacantes. Mientras esto sucedía en el interior del salón, en el exterior se apostaba un numeroso contingente de tropas con el fin de que ninguno de los miembros del Club pudiera escapar, y de esa manera se logró la aprehensión de los principales de ellos, los que esa misma noche fueron conducidos al Palacio de Gobierno para ser trasladados al día siguiente a la Penitenciaría del Estado, donde permanecieron ocho meses acusados del delito de rebelión.

En una versión que el periódico "Diario del Hogar" publicó de aquellos sucesos, en su número de 26 de febrero de 1902, se dice: "Barrón, dando a conocer cierta timidez al principio, algo así como temor de que se frustrase algún plan, vacila al hablar y protesta confusamente contra imaginarias ofensas al Presidente Díaz y al Secretario de Guerra Bernardo Reyes, luego elogia al general Díaz para ver si este señor es objeto de hostil demostración, y al no suceder esto, lastima al señor Arriaga, lanza un viva al Presidente de la República y arroja estruendosamente una silla, secundándolo luego sus disfrazados acompañantes. El Presidente del Club, despreciando las ofensas de Barrón, toca de nuevo el timbre para disolver la reunión, y se retira.

"Barrón acude al último recurso, saliendo a la puerta que da a la calle y disparando su revólver. Dentro del salón no hay más lucha que la entablada entre el señor Uranga (Carlos) y el sargento primero del 15 Batallón Emilio Penieres, quien apuntaba con su pistola al ingeniero Arriaga. El señor Uranga queda herido en la cabeza por un golpe del sargento, pero impidió que fuera muerto o herido el señor Arriaga".